

HISTORIA SAGRADA.

CUADRO IX.

JACOB.

TRABAJO Y PERSEVERANCIA.

I.

NACIMIENTO DE ESAU Y DE JACOB.



Isac daba gracias diariamente al Señor que le había dado á Rebeca por compañera, pero no era completa su felicidad, porque no tenía hijos. Dios oyó en fin sus súplicas, y Rebeca dió á luz dos hijos gemelos; el primero era rubio; sus manos, su cuello, sus brazos y todo su cuerpo estaba cubierto de vello, como la piel de un animal, este se llamó Esau; su hermano se llamó Jacob.

Cuando crecieron demostraron los dos caracteres bien diferentes. Esau salía por la mañana á cazar en los bosques, mientras que Jacob suave y tranquilo permanecía retirado en casa de su padre.

Isac amaba á Esau porque era robusto, diestro, y mataba caza de que él se servía en sus comidas. A Jacob por el contrario le quería su madre, por la que tenía mil atenciones y siempre estaba á su lado.

Un día Esau volvió de caza fatigado y muerto de hambre, y dijo á su hermano que acababa de preparar la cena: dame ese plato de lentejas porque estoy muy cansado y tengo mucha hambre. Jacob que había aprendido de su madre que Dios le destinaba á ser superior á su hermano le respondió. Véndeme tu derecho de primogenitura y te daré de comer.

En aquel tiempo, hijos míos, el que era el mayor de la familia heredaba todos los bienes del padre, y los otros hijos no recibían mas que lo que el hermano mayor quería darles. Ya comprendereis por esto el interés que Jacob tenía en comprar el derecho de mayoría á su hermano que solo pensando en aplacar el hambre le dijo: Me voy á morir. ¿De qué me sirve mi derecho, voy á vendértelo.—Pues júramelo, le replicó Jacob. Esau juró y le vendió el derecho de primogénito.

Después de cenar las lentejas, marchó sin reflexionar en lo que acababa de hacer. La conducta de Esau os prueba cuan-

to es preciso resistir á el impulso de sus deseos. Si hubiese querido esperar algunos momentos hasta que hubiese preparado él mismo su comida, hubiera conservado su derecho, pero por el contrario, en cuanto vió el plato de lentejas que su hermano habia compuesto, quiso comérselo, y no pensó que comprometia su porvenir por satisfacer algunos minutos antes el hambre que tenia.

II.

ISAC DA SU BENDICION Á JACOB.

Rebeca conocia los designios del Señor por la revelacion que le habia hecho: sabia que destinaba á Jacob á ser mas poderoso que su hermano, y buscaba por todos los medios que le inspiraba su ternura, cumplir las órdenes de Dios. La voluntad del Señor se manifestó en una ocasion importante.

Isac era ya viejo, y las enfermedades le rendian; sus débiles ojos apenas podian ver. Un dia llamó á su hijo Esau y le dijo: Ya ves que soy viejo, la muerte puede sorprenderme, toma tus armas, tu aljaba y tu arco; sal, y cuando hayas cazado algo vendrás á traérmelo á fin de que yo lo coma y te bendiga antes de morir. Esau salió al instante á cumplir las órdenes de su padre. Rebeca que habia oido las palabras de Isac fué á buscar á Jacob.

—Hijo mio, le dijo, tu Padre quiere echar su bendicion á tu hermano, pero ésta te pertenece á tí, porque le has comprado el derecho de mayoría; sigue pues el consejo que te voy á dar.

Marcha al rebaño, coje, y tráeme los dos mejores cabritos que encuentres, para preparar á tu padre un manjar que le gusta mucho. Cuando se los presentes comerá, y te bendecirá en seguida, porque á ti es á quien el Señor reserva la bendicion, al primer nacido.

—Sabeis, respondió Jacob, que mi hermano Esau tiene el cuerpo velludo, y que yo no tengo pelo; si mi padre me toca con la mano, y lo advierte, tengo miedo de que crea que le he querido engañar, y que en lugar de bendecirme atraiga sobre mí su maldicion.

—Haz lo que te aconsejo, ve á buscar lo que te he pedido, y yo me encargo de todo. Jacob hizo lo que deseaba su madre, y se preparó la comida. Entonces Rebeca hizo poner á Jacob los mejores vestidos de Esau, envolvió su cuello, y sus manos con la piel del cabrito y en seguida mandó á Jacob que le llevase el manjar que habia compuesto.

—Padre mio, le dijo aproximándose á Isac.

—Ya te he oído. ¿Eres tú, hijo mío?

Jacob que por la voluntad de Dios se había hecho él poseedor del derecho de primogenitura de Esau, respondió: yo soy vuestro hijo mayor, he hecho lo que me habeis mandado. Levantáos, sentáos, y comed de mi caza, y en seguida me dareis vuestra bendición.

—Pero hijo mío. ¿Cómo has podido encontrar tan pronto la caza que buscabas?

—Dios ha permitido que lo que deseaba se me presentase al instante.

—Acércate, hijo mío, á fin de que te toque y conozca si tú eres mi hijo.

Jacob se acercó y habiéndole tentado Isac, dijo. La voz es la de Jacob, pero las manos son las de Esau.

Entonces el padre incorporándose en la cama, extendió las manos sobre la cabeza de su hijo, y le bendijo.

—Que Dios te dé grande abundancia de trigo, de vino, que los pueblos te estén sujetos, y que las tribus te adoren. Sé el Señor de tus hermanos, y que los hijos de tu madre se humillen profundamente delante de tí, que el que te maldiga sea él maldito, y el que te bendiga sea colmado de bendiciones.

III.

FUROR DE ESAU.—MARCHA DE JACOB.

Apenas Isac acabó estas palabras, cuando Esau volvió á entrar trayendo la caza que acababa de matar.

La compuso segun lo mandó su padre, y se la presentó. Yo soy Esau vuestro hijo mayor, le dijo.

El santo varon se quedó atónito y admirando el modo de manifestarse la voluntad de Dios, exclamó!

—¡Aquel á quien yo he dado mi bendiciones el elegido por Dios, y será bendito!

Oyendo esto Esau, dió un grito de furor, y pidió á su padre que le bendijese á él tambien.

Isac conmovido de su dolor le dijo....

—Tu bendición será la fecundidad de la tierra, tú vivirás de tu caza, tu servirás á tu hermano, pero llegará un dia en que sacudirás su yugo y serás libre.

Esau concibió un profundo rencor contra Jacob, y á menudo se le oia decir; llegará la hora de la muerte de mi padre, y entonces mataré á mi hermano.

Ved, hijos míos, hasta qué esceso puede llegar la cólera! Cómo sugiere los mas horribles pensamientos, cómo hace al hombre criminal!

;

Habiendo conocido Rebeca los funestos proyectos de Esau aconsejó á Jacob que dejase el pais, y que se marchase á Mesopotámia á casa de su tio.

Rebeca pidió á su esposo el permiso para que Jacob pudiese buscar entre aquella familia una consorte. Isac consintió en ello y habiendo llamado á Jacob cerca de él, le echó de nuevo subdicion y le dijo :

Vete á Mesopotámia, en casa de Batuel, el padre de vuestra madre, y cástate con una de las hijas de Laban tu tio.

Jacob salió, y anduvo hasta ponerse el sol; en seguida se tumbó en tierra para descansar y se durmió. Vió en sueños una escala apoyada en tierra que llegaba hasta el cielo.



Los ángeles del señor subian, y bajaban por esta escalera.

Entonces se le apareció Dios, y le anunció que le protegeria. Jacob consagró al Señor de todo lo criado, la piedra en que se durmió

Continuó su viage, y despues de haber andado mucho tiempo, llegó á un campo lleno de rebaños que estaban descansando cerca de un pozo para beber. Jacob preguntó á los pastores de donde eran, y si conocian á Laban? Si, le conocemos, respondieron los pastores, y ved ahí á su hija Raquel que viene con su ganado. Jacob quitó la piedra que cubria el pozo, y dió de beber á las ovejas de Raquel, y en seguida la dijo que era pariente próximo suyo. La jóven corrió á buscar á su padre quien sabiendo que Jacob, era hijo de su hermana, se vino á buscarle, le estrechó con ternura en sus brazos, y le llevó á su casa.

EL ALFILER NEGRO.

En una de las hermosas tardes del mes de junio regresaban tres niños hacia las habitaciones de su casa de campo despues de haber paseado por el jardin.

—Chacha! chacha! las ocho son y el sol se pone, decia el uno.

—Hemos tenido mucho juicio, querida amiga, y la noche viene muy pronto, añadia otro.

—Ay! mama Beatriz, he corrido tanto como el cabritillo de mi hermana; porque muy pronto no se verá claro y no he querido perder nada de lo que has prometido contarnos, dijo el tercero.

—Si, hijos míos: si—respondió una voz cascada.—Recuerdo mi promesa, y nada me complace tanto como cumplirla. Vuestra curiosidad me agrada: la vejez es amiga de que se la escuche. Venid, Sofía, Carlos, como te abrasa la cara, Teodoro?

—Chacha mía, es porque me hallaba á la estremidad opuesta del parque y me he apresurado á correr para oír la historia del Alfiler.

—Bien, amigos míos, muy bien, descansad un poco. Ea, sentaos aquí cerca de mí, y sobre todo estadme atentos! Reflexionad que la mucha edad ha disminuido considerablemente la volubilidad de mi lengua: no me hagais repetir!

—Oh no! mi buena Beatriz.

—Nuestros oídos escucharán sin distraccion.

—No pronunciaremos una palabra.

—Bueno! Voy á encender las bujías. Haré calceta mientras hablo. La conversacion es una de las cosas que no escluye el trabajo de manos; así se está ocupado en dos cosas.

—Pero, chacha mía, es porque no has hecho hoy bastante labor?

—Carlos, puedo aun continuarla, y adelantaré mas. Me queda poco tiempo que vivir; mis momentos son preciosos. Cuando se deja este mundo es un gran consuelo decir que se ha sabido serle útil en proporcion de sus facultades. No hay obra por pequeña que sea que no aproveche; poco vale mas que nada; muchas abejas forman enjambre.

Apenas el aya habia pronunciado estas palabras cuando los tres niños se levantaron á un tiempo para aliviar á la buena vieja. El primero volvió con una vela; Sofía con el canastillo

de la labor, y Teodoro con los anteojos de ballena, que colocó riéndose sobre la punteaguda nariz de Beatriz. Entonces pudo verse en la espresion del semblante de la buena mujer cuanto la encantaba la atencion de sus educandos.

En fin habiéndose sentado con gran silencio en derredor de ella, muy pronto dió principio á su narracion en estos términos:

—Jamás se han de perder las esperanzas; la causa mas futil en apariencia puede traer los mayores resultados.

Vivía en otro tiempo junto á las orillas del Arno, rio de Italia un pescador con su mujer y su hijo. Bajo el hermoso cielo de Florencia, y lejos del teatro de las grandes ambiciones, esta familia era feliz. Orbitelo, (este es el nombre del pescador) se habia adquirido una gran reputacion de habilidad y hombría de bien. Venian desde muy lejos á proveerse á su fresco vivero siempre lleno de truchas, de sollos y salmones de primera magnitud. Muchas veces tambien habia recibido orden del intendente de la corte romana de remitir al palacio del vaticano que habitaba entonces el papa Sisto-Quinto, sus mas hermosos pescados.

Como veis, hijos míos, el estado mas humilde puede abrir camino á las grandes empresas, todo depende de la habilidad conque se ejerce.

Orbitelo disfrutaba por consiguiente de una prosperidad completa. De dia en dia hacía economías y se lisonjeaba de que sus últimos años los pasaría en el seno de una grata abundancia. Parecíale ya que tenia sobre sus rodillas los nietecillos que le daría su hijo, cuando hubiese llegado á edad de casarse.

Mas el cielo no quería que así sucediese. Una violenta tempestad asaltó un dia al pescador mientras que echaba sus esparaveles en la corriente del río, y el desdichado Orbitelo se causó tanto daño é hizo tantos esfuerzos á fin de salvarse él y su fragil aparejo que al llegar á la orilla del Arno cayó rendido por la fatiga, y solo se volvió á levantar para ir á morir en su choza, en los brazos de su mujer y de su hijo desconsolados.

Ah! no pararon aqui las calamidades de los dos desgraciados. Un accidente habia arrebatado al padre, la madre sucumbió por el pesar de su pérdida despues de una enfermedad larga y dolorosa, durante la cual se disiparon los recursos reunidos á costa de tantos sudores. El jóven Orbitelo Joanni se quedó solo.

Al llegar aqui la respetable Beatriz, se interrumpió de nuevo.

—Que esto, hijos míos, dijo, no os haga pensar mal de la providencia. Sus designios son impenetrables, mas ellos siem-

pre producen un bien. La muerte prematura del marido y de la mujer pueden pareceros un acto riguroso de la voluntad celeste; tin embargo, es preciso pensar lo contrario, á menos de acusar á Dios por un movimiento condenable de ignorancia y de orgullo. ¡ Quien sabe si el pescador y su mujer no habrían experimentado desgracias mayores que la de morir? ¿ Habrían permanecido siendo siempre buenos y virtuosos? ¿ La prosperidad no podia causar un cambio funesto en su manera de vivir y de apreciar las cosas? Dios solo lo sabia. Los sacó de este mundo cuando su vida merecia recompensa: si los hubiese dejado en él, no era posible que incurriesen en rigurosos castigos?

Sofía, Cárlos y Teodoro, bajaron los ojos y suplicaron á Beatriz siguiese la narracion, y esta lo verificó así.

—El huerfanito acompañó por la segunda vez al cementerio un objeto que su corazon amaba. El pobre niño derramó un torrente de lágrimas. En adelante ya no debia esperar verse rodeado de los cuidados y del amor de sus padres. Quedaba en la mayor soledad. La casilla que le pertenecia á título de sucesion, habia sido vendida durante el curso de la enfermedad de su madre, de modo que nada poseia, absolutamente nada mas que sus vestidos, en la intelijencia de que segun su deplorable estado tenia precision de sujetar los pedazos con un alfiler negro, hallado sobre el lecho mortuorio de su padre.

Habia conservado religiosamente este fútil objeto como señal de veneracion y de triste recuerdo!

Atended, hijos míos! Esto fué suficiente para hacer su fortuna. Todo procede de los cielos: vais á verlo presto.

El desgraciado casi nada habia aprendido. Siempre entre las redes y las cañas, su educacion no estaba adelantada; no habia tenido la dicha de tener escelentes maestros de escuela, que le enseñasen á leer, escribir y contar. Vióse pues obligado á recurrir á lo poco que sabia en otro género de cosas.

En vida de su padre, á veces sentado á la orilla del agua, habia armado sedales y cojido peces. Se acordó que uno de estos instrumentos, que él habia guardado en un zarzal, podia bien conservarse allí todavia. Acudió corriendo y no es fácil de espresar la alegria que experimentó al encontrarlo.

Dios no me abandona, dijo para sí, y confiando en la divina bondad, se puso á desliar su sedal. Si la suerte me favorece, añadió tambien, iré á vender mi pesca al pueblo mas inmediato: no reusarán comprarla al huerfanito; algun dia, quizás, llegaré á ser tan hábil como lo era mi padre y volveré á comprar su casa para vivir en ella á mi vez trabajando y siendo sufrido y virtuoso.

El tiempo de formar este laudable deseo habia sido sufi-

ciente para que el pobre niño adquiriese la prueba de que no se han de formar esperanzas precipitadas, so pena de llegar al desencanto; las injurias del aire y de la humedad del suelo habian respetado la caña de pesca, mas el orin habia completamente roído el anzuelo, y á todo esto no se veia un solo pescador por el contorno, ni él tenia dinero para ir á la ciudad.

Hay que ser industrioso cuando la necesidad lo exige, Joanni se acordó muy pronto de la reliquia que sujetaba sus harapos: su alfiler negro se presentó á su pensamiento.

O padre mio! exclamó los ojos bañados en llanto, oh padre mio, tú me inspiras y concedes tu auxilio.

Despues, sin abandonarse á la inaccion del dolor, el jóven Orbitelo aseguró lo mejor que pudo su alfiler al extremo del sedal, encorvó la punta del hierro y corrió á la orrilla en busca de lombrices encarnadas para hacer el ensayo de su anzuelo improvisado.

El resultado superó sus esperanzas. Aun antes de medio dia habia ya el pescadorcillo cojido una gran cantidad de peces. Con todo no se dejó deslumbrar por el deseo de sacar un beneficio inmediato de lo que tenia, y no cesó de trabajar sino cuando la noche le obligó á retirarse.

Entonces se encaminó hácia la aldea mas cercana, y allí recibió en cambio de su pesca media peseta, albergue y buena comida.

El dia siguiente con el auxilio de su pequeña suma, compró un anzuelo nuevo y volvió al lugar que habia adoptado de preferencia.

Muchos meses se pasaron asi sin ocasionar cambio notable en su situacion: solo sus penas se disminuian insensiblemente, se creó cada dia una experiencia mas segura, porque la perseverancia en lo bueno, lleva siempre á un estado mejor.

Un dia segun su costumbre, el huérfano los ojos clavados en el agua, seguia las ondulaciones de la pluma de su sedal que flotaba al capricho de las olas, cuando siente cerca de él un ruido de pasos lijeros y rápidos. Se vuelve y percibe una jóven magníficamente adornada, que venia muy delante de una porcion de jente, en cuyo grupo figuraba un ginete todo vestido de oro.

Esta aparicion súbita admiró de tal modo á Orbitelo, que se levantó de pronto y tan atropelladamente que la jóven que no le habia visto, se asustó. Detúvose en el momento, quiso dar un paso atras, mas resvaló y cayó en la arena.

El primer movimiento de Joanni fué lanzarse á su socorro. La ayudó efectivamente á levantarse; no se habia hecho mal alguno.

Sin embargo de la caída habia resultado que el velo que

cubría su frente pura y blanca como la nieve, se había roto de tal manera, que ya en pie notó la jóven que la cara quedaba infaliblemente espuesta á las miradas y ardientes rayos del sol del mediodía.

Esta última circunstancia parecía ocuparla exclusivamente. Procuraba reunir las tiras separadas de su velo y llevaba la mano á sus cabellos como para buscar en ellos el pasador que sujeta comunmente las trenzas de las italianas de distincion. No hallándola porque probablemente la había olvidado manifestó sudando con impaciencia el pié contra la tierra.

No fué difícil al pescador adivinar el medio de complacerla y su alfiler negro, que había enderezado y conservado consigo, fué también la primer cosa en que pensó.

—Bella señorita, la dijo, perdóneme haber sido causa de la desgracia que la tiene á usted confusa y dígnese recibir este alfiler para remediarlo en cuanto sea posible. Pero suplico á usted procure devolvérmelo, luego que la deje de ser útil; es todo lo que me queda de la herencia de mi padre, y de mi madre, que han muerto.

Estas palabras pronunciadas con un acento mezclado de respeto, terneza y dolor, parecieron producir una profunda impresion en la jóven. Tomó poniéndose colorada el alfiler que Orbitelo la ofrecia, y en seguida habiendo arreglado su velo y sacando un anillo de los dedos de su preciosa mano:

—Conserva esa prenda, le dijo, y acude dentro de tres dias á Florencia tu mismo en busca de tu alfiler, al palacio del Gran duque; ese anillo te facilitará la entrada.

Joanni estuvo dudando si tomaria la alhaja.

—Toma, toma, añadió la jóven, que vienen: lo que te doy vale menos segun mi modo de ver que el objeto que me has confiado.

El pescador aceptó.

En el mismo instante habiéndose adelantado la numerosa comitiva de la desconocida:

—Prestadme vuestro caballo, duque Theobaldí; me gusta por lo manso, dijo la jóven.

—Una dicha es para mi, respondió el personaje, poder servirlos muy rendidamente.

—Gran Dios! ¿quién, pues, será esta? pronunció muy bajito Orbitelo, é inclinando la cabeza sobre su pecho, quedó sumido en el mayor asombro.

Cuando volvió á levantar los ojos, ya no había nadie en aquel contorno. Solo oyó el ruido lejano de algunas voces y el de la brisa que jugueteaba por la superficie del rio.

—Gran Dios! quién será esa jóven? repitió el pescador.

Sin embargo el desorden de su jóven imaginacion no le im-

pidió emprender su tarea. Pero, ó porque el pescado estaba aquel dia mas desconfiado que de costumbre, ó porque él no emplease tanta destreza y atencion en su trabajo se retiró á la tarde con el cesto casi vacio.

No fué mas feliz durante los dos dias que intermediaron al que la desconocida le habia prefijado. Deliberó largo tiempo sobre si iría á la ciudad, mas al fin se decidió impulsado por el deseo de recobrar su alfiler, y sin duda la voluntad del cielo venció toda otra consideracion y el huérfano se presentó en el palacio.

Llegó á la puerta principal y el anillo que llevaba le sirvió en efecto de talisman. Su admiracion tocó á lo sumo, cuando se encontró guiado por un page atravesando salones adornados de todo lo que el lujo tiene de mas maravilloso.

Despues de mil rodeos, el conductor que lo habia dirigido, puso el anillo en manos de una dama, que le introdujo al punto á donde se hallaba la jóven del velo.

Era la princesa Amelia, hija del gran duque de Toscana.

Luego que vió al pescadorcito, se levantó con viveza del asiento que ocupaba, y volviéndose á las que la acompañaban:

—Señoras, este es el jóven del alfiler negro. Quiero que hagamos de él un page para reemplazar á Friz Pastor. Te place estar á mi servicio? dijo dirigiéndose al huérfano.

—Señora, respondió este, criado lejos del mundo, temo no saber llenar los deberes que se me impongan. Puede suceder que no halleis motivo de estar satisfecha de mi y....

—Tu observacion denota tanta razon como modestia, respondió Amelia.—Piénsalo, amigo mio, y si consientes en pertenecerme, no tienes mas que pronunciar una palabra.

Joanni se inclinó en señal de adhesion. Dudaba aun de su dicha: sacado repentinamente del seno de la miseria para acomodarse en medio de una corte opulenta, aun dudaba creerlo, y le parecia un sueño.

—Cual es tu nombre, dijo la princesa.

—Orbitelo.

—¿Tú edad?

—Doce años.

—Seremos viejos casi á la misma época, añadió riéndose la hija del gran duque; solo tengo cuatro años mas que tú.—Otras muchas preguntas le hicieron al jóven huérfano. El respondió á todas con sagaz oportunidad.

Para abreviar, desde aquel dia fué comprendido en el número de los pajes de Amelia, que alcanzó para ello el beneplácito de su padre.

No hay necesidad de decir, que le fué devuelto su alfiler; pero lo que importa que no quede ignorado es que la princesa

se lo restituyó clavado en un rico vestido, en cuya faltriquera iba un gran bolsillo lleno de oro...

—¡Que tal, hijos míos, dijo la buena vieja Beatriz tomando su caja de tabaco en una mano, mientras que con la otra se quitaba las gafas.

—¡Oh! que hermoso es eso, aya mía, exclamaron los niños á una voz, ¿se ha concluido?

—No, no: pero dejadme descansar un poco, porque he hablado mucho.

Después de una suspension de media hora, que ocuparon Carlos, Sofia y Teodoro en hablar de las sorprendentes aventuras de Joanni, el aya volvió á coger así el hilo de su historia.

—Sin embargo la mansion de los palacios no está exenta de peligros, y la fortuna que en ellos se encuentra tiene tambien sus vueltas. Teobaldi habia urdido el mas negro complot contra el gran duque. Orbitelo lo habia penetrado, y en su inesperienza juvenil descuidó asegurarse con pruebas palpables antes de denunciar á sus bienchores los proyectos del traidor. Los artificios, la sangre fria y la habilidad del cortesano Teobaldi lo sacaron de esta crisis, y tambien á costa de su denunciador, que fué espulsado y reducido á volver á su oscuro estado de pescador. Ya en las orillas de su solitario rio, el pobre Orbitelo, la caña en la mano, la cabeza y el corazon llenos de recuerdos, pensaba frecuentemente en lo pasado y en los estraños incidentes que habian llenado su vida; mas el porvenir le preparaba otras aventuras. Un año habia trascurrido desde su espulsion de la corte del gran duque cuando un dia este príncipe, conducido por el ardor de la caza á las inmediaciones del rio en que el pobre pescador ejercitaba su pacífica y modesta industria, corrió un peligro inminente. Siguiendo velozmente á un javalí herido dió una caída del caballo en el momento en que queria herir al furioso monstruo. Orbitelo acordándose solamente de los beneficios de la familia reinante y no de la injuria que él habia recibido, se arrojó sobre el javalí trabando una lucha desesperada que dejó tiempo al Gran duque para tirar de su cuchillo de caza y hundirlo en el corazon de la fiera.

—Vive Dios, que me habeis generosamente ayudado, mi buen amigo, dijo el duque levantándose y dando con el pié al javalí cubierto de sangre y de espuma.

—Nos las habiamos con una parte fuerte.

—Quién eres? que yo sepa al menos á quien probar mi reconocimiento.

—No recuerda V. A. mis facciones, respondió el huérfano: Soy Orbitelo, el antiguo page de la princesa vuestra hija.

—¡Eres tú, añadió el duque, tanto mejor, varias veces me he reprendido mi rigor contigo. Después que salistes del servi-

cio de mi hija, se me han renovado con frecuencia acusaciones que todas tomaban al conde por blanco. Y qué haces ahora?

—He vuelto á tomar mi oficio de pescador.

—Cuando uno es tan valiente como tu lo eres, no se han de perseguir los peces. El ducado puede algun día necesitar de vuestros servicios. Yo te nombro capitan de mis guardias, los honores se entiende, hasta que la edad te permita llenar enteramente las funciones de ese cargo. Te presentarás de mi parte á Amelia que te quiere mucho. Ven conmigo.

Seria muy largo seguir á nuestro héroe paso á paso, durante el curso de diez años, que pasaron sin ocurrencia notable. Lo que solamente es en verdad digno de ser sabido es que se propagaba por todo el ducado el rumor vago de un amor secreto conservado por la princesa Amelia en favor de un capitan de guardias tan valiente como bello. Este capitan era Orbitelo.

Cierto dia estaba el huérfano sentado á la mesa del Gran duque, junto al mismo Gran duque y el conde Teobaldi. Una reunion magnífica convidada á las fiestas del palacio, parecia entregarse á la alegría que producen los buenos manjares, los dichos agudos, y los arroyos de vino delicioso. Las damas se han retirado para pasar la siesta; mas una de ellas la mas bonita, mas noble y mas amable no se ha desdenado de dirigir al retirarse una tierna mirada al antiguo pescador.

Este grave en su talante, parece espiar con escrupulosidad todas las acciones del conde, colocado á su derecha, y no puede disimular los indicios de una violenta agitacion, cuando oye al conde pedir con voz destemplada al mayordomo de boca una copa de Lácrima Cristi.

—Por nuestra Señora, caballeros, dijo el conde los buenos vinos de Francia no adquieren su mérito á espensas de los nuestros, y el Vesuvio, por mas diabólico que sea, vale tanto como una buena aldea de Borgoña. Propongo un brindis del licor indígena á la buena salud de nuestro bondadoso soberano y de su adorada hija.

Estas palabras son acogidas y repetidas con entusiasmo, todas las copas se llenan y se chocan.

El Gran duque iba á desocupar la suya, cuando por un movimiento súbito, Orbitelo echó en ella su alfiler negro, el mismo que ha hecho ya tan gran papel en su pasada existencia; el jóven oficial detiene el brazo del Gran duque, que esclama.

—Y bien! ¿que viene á ser esto? que singular condimento dais á este nectar. No quiere el señor Orbitelo que beba con él por la salud de mi Amelia?

—Perdon, señor duque. Guárdese V. A. de tocar á ese breva-ge.—En seguida desenvainando su espada, llama Orbitelo en voz alta la guardia y el salon se llena de soldados. La confusion

era grande.—Que prendan á Teobaldi exclamó el jóven oficial, Señor, que lo prendan, dijo el Gran duque.—La copa que tiene V. A. está envenenada; ese monstruo premeditaba vuestra muerte y una sedicion, he seguido el hilo de todos sus manejos criminales.

El brindis que proponia por la salud de V. A. era una señal dada á los asesinos, cuyos puestos han ocupado mis soldados disfrazados. Dignáos dar órdenes para que el palacio del infame sea al instante registrado. En la capilla, que llaman Santa Augustina, se encontrarán las armas que debian distribuirse entre los malvados encargados de acometer á las guardias de improviso. V. A. sabrá despues los pormenores de la conspiracion, acerca de la que he querido proveerme de pruebas materiales, temiendo que el traidor fuese todavia bastante hábil para paliar su conducta, si lo denunciára antes de su tentativa.

Al momento se espidieron órdenes á todos los puntos del gran ducado de Toscana, y la conjuracion comprimida con destreza y vigor, se frustró completamente y Teobaldi sufrió el suplicio que merecian sus perfidias.

La noche misma de aquel dia en que se verificó esta escena de desórden, el duque hizo llamar al huérfano:

—Marques de Orbitelo, le dijo dándole un abrazo, los primeros albores de la aurora os unirán á mi familia. La princesa Amelia me ha declarado que os ama; os la doy por esposa. Sed pues felices, y tu mi hijo y mi apoyo!

Aqui la buena vieja Beatriz terminó su narracion. Era ya muy tarde; Sofia, Carlos y Teodoro abrazaron á su venerable aya, despues se retiraron para pensar en la sorprendente suerte del pescador y en el alfiler negro.



JUEGOS DE LOS NIÑOS.



LA COMETA.

Papá, dijo Adriano á su padre D. Felipe Alvarado de vuelta de un paseo durante el cual había remontado una enorme cometa con su hermano Luciano, ¿cuál es pues la causa por qué los hombres no han procurado viajar por los aires como nuestra cometa? Me parece que esto no sería imposible, y que sería divertido ir á dar con la cabeza en las nubes?

—Hijo mio, respondió D. Felipe, hay mucho tiempo que los hombres después de haber conseguido imitar á los habitantes de las aguas en la natación, han tratado de rivalizar también con las aves en su vuelo. Desde Dédalo que se dice haberse escapado del famoso laberinto de la isla de Creta, con la ayuda de alas artificiales que él mismo había fabricado, hasta nuestros días, se han visto en diferentes épocas á los hombres hacer ensayos con buen ó mal éxito, para atravesar las regiones del aire.

La historia de Ícaro que habeis leído en la mitología, procede evidentemente del recuerdo de algun ensayo desgraciado intentado para rivalizar con los pueblos aéreos.

Hacia fin del siglo quince, un matemático italiano, llamado Dante, de la familia del famoso poeta italiano Dante, halló el medio de hacer alas artificiales, tan bien proporcionadas á la gravedad de su cuerpo, que se servía de ellas para volar. Después de haber hecho muchas felices experiencias sobre el lago de Trasimena, quiso dar ese espectáculo á la ciudad de Perusa, mas cayó sobre una iglesia y se rompió el muslo.

Algun tiempo después un inglés llamado Cook, un canónigo de la ciudad de Etampes, y un relojero austriaco, hicieron cada uno por su lado, experiencias mas ó menos desgraciadas;

pero ninguna de esas tentativas ha podido salir bien, ni saldrá, porque el ala es menos fácil de imitar, la que sirve para el vuelo, que el aparato muscular que la une al cuerpo y le imprime el movimiento. Su composicion es superior á los recursos que la inteligencia humana puede crear.

De todas esas tentativas han nacido los globos aereostáticos que han servido á la ciencia para sus esperimentos, y la cometa que sirve de diversion á los niños. Pero el pájaro se ha conservado señor absoluto del aire; el hombre no ha podido usurpar este imperio para sostenerse en él segun sus caprichos.

Cuando hablemos de las bombitas de jabon te diré, Adriano, continuó el padre de familia, cómo el hombre llegó sin embargo á la conquista de un elemento en el cual no puede sostenerse como el aguilá se sostiene, ni aun revolotear como la alondra. Mas ahora nos ocupamos de la cometa, y el capítulo de su construccion es bastante importante para fijar nuestra atencion esclusivamente.

La construccion de una cometa exige mucho mas cuidado que parece indicar la sencillez de este juguete. La primera condicion de la cometa es que sea lo mas ligera posible. Es menester que pese poco á fin que pueda sostenerse al partir bajo la columna de aire agitado por la corriente de aquel que eleva. Es pues preciso escoger para su armazon las varillas mas delgadas y mas ligeras, que deben ser flexibles á fin de que no las tronche el viento. Cuando el armazon de la cometa está hecho, se ha de suspender por un hilo á fin de ver si pesa mas por un lado que por el otro, y remediar en cuanto sea posible este defecto. El papel debe siempre ser una hoja simple, pues siendo doble daria entrada al aire y perjudicaria á la marcha. Las orejas de papel rizado que se ponen á los dos lados son para arreglar el peso que debe ser igual. Es un balancin cuyo volumen debe variar segun la tendencia de la cometa á inclinarse á la izquierda ó á la derecha. La cola de la cometa es el peso que la hace mantener la cabeza contra el viento: no debe ser muy pesada.

La teoría de la marcha de la cometa es completamente la contraria á la de los barquillos con velas. El viento sopla en la vela para hacer caminar al barco: la cometa por el contrario, para remontarse debe siempre estar colocada en la direccion del viento contrario; debe luchar contra la corriente, y el bramante es el que la hace vencer en la lucha, y ayuda á la fuerza de ascension que la levanta hasta que se pierde de vista.

Cuando el viento afloja es menester que el que lleva la cometa se ponga á correr con la mayor rapidez posible, siempre contra el viento. Si la cometa dá un cabezon, es decir, si incli-

na la frente, es menester reanimarla, por un sacudimiento de cuerda dado oblícuamente, para hacerla cambiar de dirección, y meterla en una zona de aire mas conveniente. Mientras la cometa tira hácia sí, y pide espacio ó cuerda, como se suele decir, es menester dársela; si por el contrario baja sensiblemente, es menester liar bramante á toda prisa á fin de poder dirigir su descenso.

Para hacer mas divertido el espectáculo de remontar una cometa, se ata á la cola de esta un paracaidas sugeto por un hilo que pasa por un anillo, una persona distinta de la que remonta la cometa tiene un gran obillo de bramante en la mano y vá dando cuerda á medida que la cometa se remonta. Luego que está bien alta se suelta el hilo, el paracaidas deja la cola, se desarrolla en el aire, y balanceando suavemente llega al suelo como una hoja desprendida de la copa de un árbol secular, dá vueltas sostenida por la brisa que la deposita en fin sobre la alfombra de yerba.

FÁBULA.

EL CULEBRON Y EL LOBO.

Un culebron un dia
El cuello enhiesto alzaba
Probando si podia
Marchar como en dos pies.

Y en vano lo intentaba
Su cuerpo acostumbrado
A andar siempre arrastrado
Caía de través.

Viólo un taimado lobo
Y dijo: « bravo empeño,
No sea hermano bobo
Que se ha de lastimar.

Si ya desde pequeño
Jamás quiso empinar-se
Locura es molestarse
Que hoy no lo ha de lograr.

El que desde la niñez
Por mal sendero camina
No es fácil que en la vejez
Deje la vieja rutina.